

lugar una manifestación contraria á la del Languedoc!

Estamos tan acostumbrados á figurarnos á París como el cerebro de Francia, que se hace difícil representárnoslo, aún después de lo que dejamos dicho, como Bailly lo pinta en sus *Memorias*, como



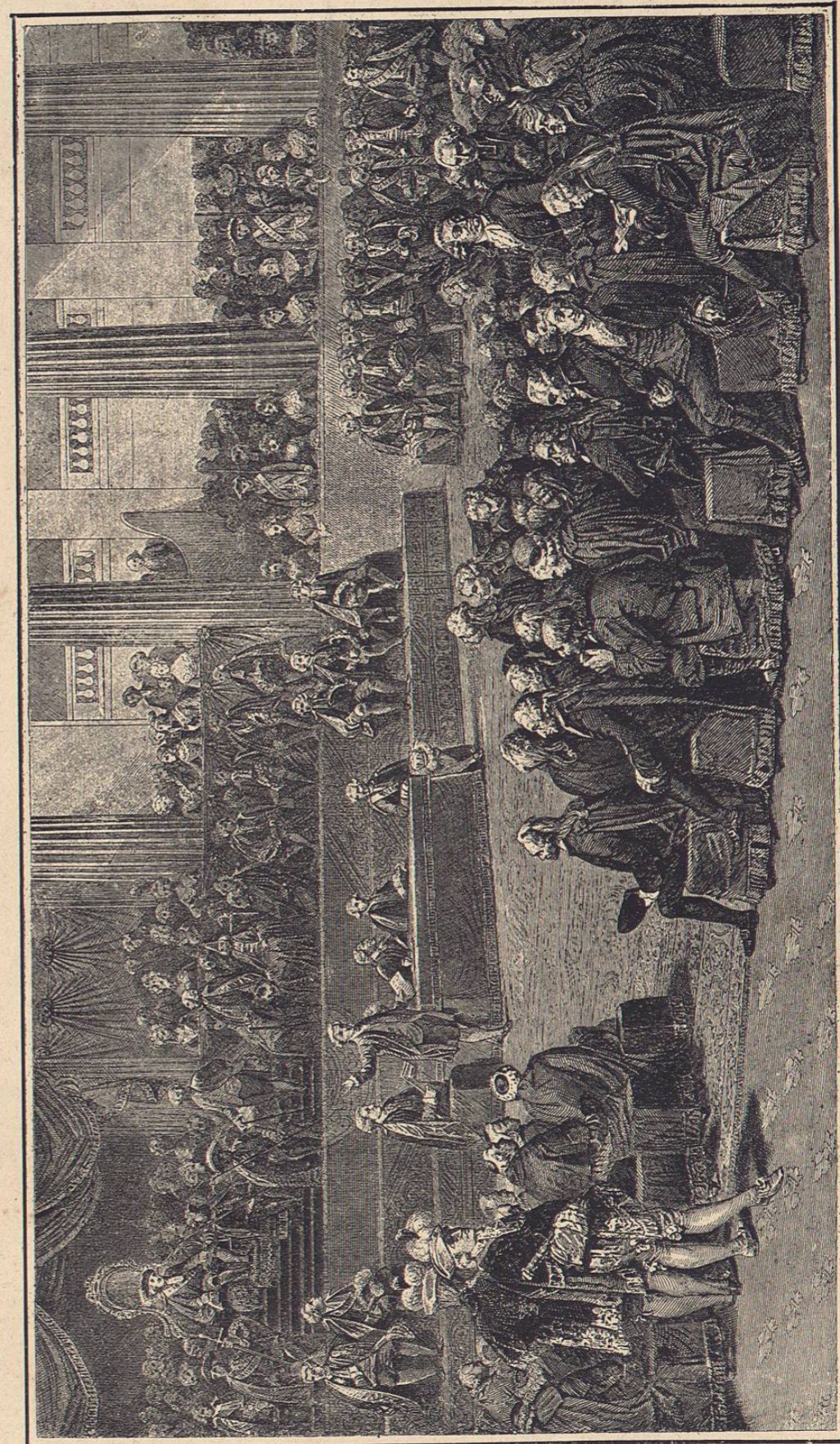
Triunfo de Mirabeau en Marsella

Testigos contemporáneos dicen que nunca se vió cosa tan baja como la Asamblea del clero en la que todos parecían hacer pujas del espíritu más reaccionario que pueda imaginarse. Hasta dicen que hubo miembro de ella que declaró que participaba de las ideas del conde de Provenza, no sólo de las que tenía ó había manifestado, sino de las que podía tener ó manifestar, y aún cuando hubo quien le gritó «á ese que le den una librea,» es lo cierto que la Asamblea votó unas instrucciones tan excesivas que hasta pudo creerse que no se encontraría quien se atreviera á presentarlas á los *Estados generales*.

un centro flojo y sin energía. Un dato elocuente justificará el dicho del sabio martir, de sesenta mil electores sólo doce mil acudieron á las urnas. Pues bien, en este centro sin energía y sin virilidad, resonó potente la voz de la antigua intransigencia católica, la voz del fanatismo religioso.

«No faltaron, sin embargo, hombres venerables y dignos que más ó menos de buen grado cargaron con la responsabilidad de lo acordado. Al frente de los representantes se puso al virtuoso y caritativo prelado de París, quien, por el sólo hecho de aceptar, dió al traste con su reputación, para no verse ya más en el que un hombre reaccionario y fanático «el sostenedor, dice Chérest, de un régimen detestable y detestado.»

La nobleza de entre muros de París, tomó por más liberales rumbos. De sus diez puestos cedió cuatro á magistrados de los que más se habían he-



APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES (Cuadro de Coudet)



cho notar por su adhesión á la causa pública. Adriano Duport el fundador de la sociedad de los Treinta, Lepelletier-Saint-Fargau y otros hoy menos conocidos se vieron elegidos al lado del duque de Orleans, del de Larochevoucauld y de los condes de Clermont-Tonnerre y Lally-Tolendal.

«En cuanto á las elecciones del Tercer estado, Sallier nos traza de ellas un cuadro poco halagüeño. Según él, las elecciones de la capital, reservadas para las últimas, fueron también aquellas en que se

brigó más fuerte. Eran la última esperanza de la ambición defraudada en provincias. En ellas, los abogados y literatos se disputaban los sufragios, y la manera más segura de conquistarlos, era la de arrojar sobre sus rivales las más enérgicas declamaciones ó diatribas.» Verdad es, continúa Chérest, que en tal materia, Sallier no se precia de una escrupulosa imparcialidad, sin embargo, no se puede negar que las Asambleas de la Comuna fueron muy tumultuosas. Los comerciantes é industriales



LEGENDRE

de París habían resuelto no votar por diputados suyos más que á ex-síndicos de la clase, y la lucha ocurrió precisamente para vencer este mezquino criterio de clase. Los patriotas, los políticos y los literatos sostenían la candidatura del abate Sieyes, y no sin trabajo se les pudo convencer de los grandes servicios que Sieyes les había prestado con no haber sido nunca su síndico. Vencida ya la preocupación, París se honró nombrando para que le representasen sabios como Bailly, eruditos como Camus, legistas como Target, Treilhard, Tronchet, médicos filántropos como Guillotín, y otros menos conocidos pero que tampoco habían sido síndicos.

Mientras esto sucedía, esto es, mientras en provincias como en París, daban las elecciones por resultado el nombramiento de los más exaltados en todas las órdenes, ¿qué era del gobierno? ¿Se pre-

paraba para la gran batalla que iban á presentarle los hombres nuevos, los hombres de la Revolución?

Como sucedía muy á menudo en el antiguo régimen, dos gobiernos distintos se disputaban la dirección de los negocios: el gobierno oficial representado por Necker, y el gobierno oculto, es decir, la corte. Cuanto más crecía el peligro, cuanto más amenazada se sentía la corte, más se alejaba de un ministro que no había aceptado sino con notoria repugnancia, así es que no se creía obligada á defenderlo, ni vedado el traicionarlo. Así se fué haciendo poco á poco el vacío al rededor del director general. La mayor parte de sus colegas no vacilaron en demostrarle su hostilidad. Tal vez, uno solo, permanecía fiel á su fortuna, Montmorin. Abandonado Necker de todos cuantos tenían que sostenerle é ilustrarle, continuó viviendo preso de las mismas